

20º D. TIEMPO ORDINARIO. EVÁNGELIO SEGÚN SAN MATEO 15,21-28.

En aquel tiempo, Jesús salió y se retiró al país de Tiro y Sidón.

Entonces una mujer cananea, saliendo de uno de aquellos lugares, se puso a gritarle:

-Ten compasión de mí, Señor, Hijo de David. Mi hija tiene un demonio muy malo.

Él no le respondió nada. Entonces los discípulos se le acercaron a decirle:

-Atiéndela, que viene detrás gritando.

Él les contestó:

-Sólo me han enviado a las ovejas descarriadas de Israel.

Ella los alcanzó y se postró ante él, y le pidió de rodillas:

-Señor, socórreme.

Él le contestó:

-No está bien echar a los perros el pan de los hijos.

Pero ella repuso:

-Tienes razón, Señor; pero también los perros se comen las migajas que caen de la mesa de los amos.

Jesús le respondió:

-Mujer, qué grande es tu fe: que se cumpla lo que deseas.

En aquel momento quedó curada su hija.

AMOR, FE Y ORACIÓN

El Evangelio de este domingo nos presenta un **«singular ejemplo de fe»** en el encuentro de Jesús con una mujer cananea, una extranjera para los judíos. La escena se desarrolla mientras Jesús va de camino hacia la zona de Tiro y Sidón, en el noroeste de Galilea. Y es ahí donde la mujer **«implora a Jesús»** que cure a su hija que **«está malamente endemoniada»**.

Jesús, en un primer momento, parece **«no escuchar»** este grito de dolor, hasta el punto de suscitar la intervención de los discípulos que interceden por ella. El aparente distanciamiento de Jesús no desanima a esta madre, que **«insiste en su invocación»**. La fuerza interior de esta mujer, que permite superar todo obstáculo, hay que buscarla en su **«amor materno»** y en la **«confianza»** de que Jesús puede satisfacer su petición.

Podemos decir que **«es el amor lo que mueve la fe»** pero, a su vez, **«la fe se convierte en el premio del amor»**. El amor por su hija la induce **«a gritar: “¡Ten piedad de mí, Señor, hijo de David!”»**. Y la fe en Jesús le hace no desanimarse ante su inicial rechazo hasta llegar a **«postrarse ante Jesús diciéndole: “¡Señor, socórreme!”»**. Y al final, ante tanta perseverancia, llega el premio de su amor. Jesús accede a lo que le pide con fe aquella mujer pagana: **«“Mujer, grande es tu fe; que te suceda como deseas”. Y desde aquel momento quedó curada su hija»**.

A primera vista podría parecer que el comportamiento y las palabras de Jesús son un signo de insensibilidad y dureza de su corazón hacia aquella mujer que sufría. Pero bien sabemos que el corazón de Jesús no era así, tal como sucede en el presente relato y como el propio Evangelio lo atestigua en muchos momentos. Pues bien, esta humilde mujer es puesta por Jesús como **«ejemplo de fe inquebrantable en Él»**.

Su insistencia en invocar su intervención es para nosotros estímulo para no desanimarnos, para no desesperar cuando estamos oprimidos por las duras pruebas de la vida. **«El Señor no se da la vuelta ante nuestras necesidades»** y, si a veces parece insensible a peticiones de ayuda, es para poner a prueba y robustecer nuestra fe.

«Dios escucha incluso cuando... no escucha». En Él, la falta de escucha es ya una manera de atender. Retrasando su escucha hace que nuestro deseo crezca, que el objeto de nuestra oración se eleve. Que de lo material pasemos a lo espiritual, de lo temporal a lo eterno, de lo pequeño a lo grande. De este modo, «puede darnos mucho más de lo que le habíamos pedido» en un primer momento.

Con frecuencia, cuando nos ponemos en oración, nos parecemos a ese campesino que ha recibido la noticia de que será recibido en persona por el rey. Es la oportunidad de su vida. Podrá presentarle con sus mismas palabras su petición, pedirle lo que quiere, seguro de que le será concedido. Llega el día, y el buen hombre, emocionadísimo, llega ante la presencia del rey y, ¿qué le pide? «¡Un quintal de estiércol para sus campos!» Era lo máximo en que había logrado pensar.

A veces nosotros nos comportamos con Dios de la misma manera. Lo que le pedimos, comparado a lo que podríamos pedirle, no es más que un quintal de estiércol, «nimiedades que sirven de muy poco», es más, que a veces incluso pueden volverse contra nosotros.

«San Agustín» era un gran admirador de la Cananea. Aquella mujer le recordaba a su madre, «Mónica». También ella había seguido al Señor durante años, pidiéndole la conversión de su hijo. No se había desalentado por ningún rechazo hasta que le vio regresar al Señor. En uno de sus discursos, recuerda San Agustín, las palabras de Cristo: «Pedid y se os dará; buscad y encontraréis; tocad y se os abrirá», para terminar diciendo: «Así hizo la Cananea: pidió, buscó, tocó a la puerta y recibió».



Hagamos, pues, lo mismo. Gritar con fe perseverante como la Cananea: «¡Señor, ayúdame! ¡Señor ayúdame!». Esto es oración en estado puro.

Este episodio evangélico nos ayuda también a entender la necesidad que tenemos de «crecer en la fe» y de «fortalecer nuestra confianza en Jesús».

Él puede ayudarnos a «encontrar soluciones» cuando estamos perdidos en el camino o cuando el camino se nos hace áspero y arduo, cuando nos resulta fatigoso ser fieles a nuestros compromisos.

Es importante, pues, «alimentar cada día nuestra fe», con la escucha atenta de la «Palabra de Dios», con la celebración de los «Sacramentos», con la «Oración» personal como grito hacia Él y con actitudes concretas de «Caridad» hacia el prójimo. ¡Que así sea!